

Glorias militares de España.

Los españoles son conocidos y apreciados por su constancia en los infortunios, y por una superioridad de alma, que se eleva en medio de las desgracias. Los romanos y cartagineses se disputaban á porfía la gloria de llevar en sus tropas soldados españoles. A consecuencia de dicho carácter, han sabido sacudir valerosamente el yugo que se ha tratado de imponerles. En 451 Teodoro humilló la soberbia de Atila, á quien los franceses no habían podido resistir. A fines del siglo sexto el duque Claudio, general de Recaredo, con solo trescientos hombres escogidos, batió sesenta mil franceses en los campos de Carcasona. Refugiados en las cavernas de los montes de Asturias, á principios del octavo, nombraron por rey á D. Pelayo, de la sangre de sus príncipes: reunia la prudencia y el valor. Principió la guerra por una corta porcion de soldados esforzados: siempre victorioso, y nunca envanecido con sus triunfos, al paso que iba venciendo á los sarracenos, fortificaba sus plazas.

Son bien conocidas otras victorias importantes, logradas contra los mismos enemigos, como la de Clavijo en el siglo nono; de Catalañor entre Leon y Castilla, á fines del siglo décimo; las de las Navas de Tolosa en el doce; la de la vega de Pagama cerca del rio Patute en el catorce, y la del Salado en el mismo. Sustuvieron su noble esfuerzo en otras muchas, hasta que á fines del quince lograron echarles de España. Los franceses mismos son los mejores testigos de esta verdad, por mas que les pese. En 1525 el célebre capitán Antonio de Leyva defendió la plaza de Pavia, sitiada por Francisco I. Junto á los muros de esta plaza los españoles triunfaron perfectamente de dichos franceses: el rey Francisco quedó prisionero de guerra, con una porcion de los principales caudillos, entre ellos Enrique La-

brieth: tuvieron una terrible pérdida, y su destrozado ejército se vió en la precision de huir de Italia con la misma precipitacion que lo hacen ahora de España.

En 1557, reynando el Sr. D. Felipe II, perdieron los mismos franceses la célebre batalla de San Quintin. Tambien merece nombrarse la de principios del siglo diez y ocho de Almansa, en que se aseguró la corona en el Sr. D. Felipe V, segundo abuelo de nuestro Rey, y cabeza de la dinastia de Borbon.

Napoleon mismo, ese hombre tan extraordinario, que han querido pintar invencible, y aun todopoderoso sus sectarios tan llenos de irreligion, ha tenido la gloria vana de expedir sus decretos en otras cortes de Europa, y no se ha atrevido á venir á la de Madrid. Se contentó con enviar á su cuñado el duque de Berg, y despues en calidad de rey á su *Tuerto* hermano José el *Trabajador*. Bien se hizo cargo de que únicamente por la perfidia y traicion era capaz de invadir á los españoles. Los sucesos que han ocurrido con posterioridad en la presente campaña, lo ha confirmado en que no se equivocó. Creyóse, sin motivo, de que el carácter español habia degenerado, y que no eramos ya lo que fuimos en otros tiempos. Pero ha visto con dolor comprobado un principio que siempre se ha confesado por los politicos, de que una nacion nunca pierde su natural indole.

En efecto, ¿cómo los españoles habian de mantenerse indiferentes, y dexar de poner en toda su actividad su energía, quando se trataba de hacerlos esclavos de un tirano? ¿Preferirian el servir baxo sus infames banderas, con objeto á aumentar sus usurpaciones, á un objeto de tanto interes como la defensa de su patria, de su amada patria, de su suspirado Rey D. Fernando VII y de su religion? ¿No se cubrirán de gloria en la edad

presente y en las venideras? Su esfuerzo glorioso ¿no debe ser el motivo de la libertad de Europa toda, que en grande parte tiene poseída, y cuya dominación total se propuso adquirir? Si las potencias de ella proceden con alguna reflexión, podrán dexar de tomar partido en una contienda en que tanto interesan? El peligro que ahora corremos nosotros, ¿no lo correrán despues todas las del Continente?

Españoles, en todos tiempos habeis sido constantes en vuestras resoluciones. Habeis tomado con tanto acierto y prudencia la de sostener vuestros derechos, y reprimir al tirano. Manteneos cada vez mas firmes. Los nombres de vuestros héroes resuenan en vuestros oídos. Un Gobierno Supremo tan gloriosamente organizado, os franquea todos los auxilios. Unos generales y gefes subalternos, animados de valor y patriotismo, dirigen vuestras operaciones. El verdadero Dios, á quien adorais en espíritu y verdad, os protegerá. Corred pues á la victoria. Fortaleceos cada día mas, y afirmaos en la justa causa de que estais hechos cargo. De dicha forma se conservará el honor nacional sin decaer de lo que ha sido en los siglos pasados.

Carta de S. M. el Rey de Suecia al Emperador de Rusia.

El honor y la humanidad me obligan á hacer á V. M. I. las mas fuertes reconvenciones sobre las innumerables injusticias y crueldades cometidas por las tropas rusas en Finlandia. Yo no tengo que empeñarme en probar que son ciertos semejantes atentados, porque son bien públicos y sabidos, y aun está gritando venganza la sangre de tantas infelices víctimas contra sus bárbaros autores. ¡Plegue á Dios que el corazón de V. M. I.

no sea por mas tiempo insensible á las representaciones que me veo obligado á hacerle en nombre de mis fieles vasallos! Por otra parte ¿quál es el objeto de esta guerra tan injusta y tan desnaturalizada? A lo que yo entiendo no es otro que excitar la mas fuerte aversion al nombre Ruso. Por ventura ¿es un delito en mis vasallos de Finlandia no dexarse seducir de promesas tan falaces como los principios en que se fundan? ¿Acaso puede ningun Soberano tener por un crimen la lealtad de sus Pueblos? Yo conjuro á V. M. I. y le ruego que se ponga término ya á las calamidades y horrores de una guerra que no puede menos de traer sobre vuestra persona y gobierno las maldiciones de la divina Providencia. Mis esforzadas tropas fionesas han reconquistado ya la mitad de mis estados de Finlandia. La escuadra de V. M. está encerrada en Puerto Báltico, sin esperanza de salir jamas de allí sino conquistada. Vuestra flotilla de galeras acaba de sufrir un recio descalabro, y mis tropas estan ahora desembarcando en Finlandia para incorporarse allí con las otras, que les señalarán el sendero del honor y de la gloria. Dado en mi Quartel General el 7 de Setiembre de 1808. Gustavo Adolfo.